

Memoria de mis putas tristes.

Gabriel García Márquez.

Bogotá: Norma, 2004.

*Primera versión recibida: 17 de noviembre de 2004;
versión final aceptada: 5 de abril de 2005 (Eds.)*

En el campo de la literatura hispanoamericana siempre será un suceso literario cualquier noticia editorial sobre Gabriel García Márquez, porque más allá de su innegable calidad literaria, su figura de hombre público e influyente en la literatura contemporánea nos sigue acompañando como un paradigma que ha sido difícil de romper por las nuevas generaciones de escritores que, desde la década de los setenta en Colombia, han tratado de cambiar una tradición literaria que tiene como referente ineludible la figura patriarcal del hasta ahora único premio Nobel colombiano.

Por esto, el lanzamiento editorial de *Memoria de mis putas tristes* se convirtió no sólo en el evento literario del año, sino en un acontecimiento social, para un país que siempre reconocerá como la noticia más importante del día la publicación de un libro que abre la posibilidad del reencuentro de los lectores con un escritor que les permite acercarse a otra realidad dada por la ficción, para olvidar por un momento los hechos cotidianos de un mundo que ha hecho de la existencia una experiencia dolorosa. El interés suscitado con esta reciente obra es justificado si se toma en cuenta que *Del amor y otros demonios* fue la última novela publicada hace diez años por el escritor de Aracataca, y luego de un silencio prolongado en la narrativa de ficción, nos ofrece su *Memoria*, sin olvidar por supuesto su reportaje de 1994 *Noticia de un secuestro*, y su apreciable primer volumen autobiográfico *Vivir para contarla* de 2002.

En su nueva obra García Márquez nos presenta una reflexión en torno a la vejez y el amor, este último como tema preferido del escritor en la mayoría de sus textos, y que en esta creación aparece con la vitalidad suficiente para perpetuarse en su personaje protagónico, independiente de la edad en la que se encuentre el ser humano. En cinco capítulos el narrador protagonista nos cuenta, a partir del deseo de poseer una joven virgen el día del aniversario número noventa de su vida, cómo un encuentro fugaz

—inicialmente— lo revitaliza y le hace sentir una pasión senil donde la edad va más allá de lo cronológico y se subordina al plano de las sensaciones. A partir del recuerdo de esta experiencia, una vez pasado un año desde la cita inicial, el nonagenario personaje rememora un proceso de enamoramiento puro que ha sido acompañado de una mirada reflexiva al transcurrir de una existencia marcada por los referentes literarios y los recuerdos, único bien que se puede poseer después de una vida de conocimientos acumulados.

El erotismo es otro elemento determinante en la novela, el cual se establece como un juego de seducción entre la joven virgen y el anciano, en donde la cercanía y la silenciosa comunicación de los personajes, más allá de la consumación del acto sexual, permiten la contemplación, la descripción detallada y la riqueza expresiva del objeto de deseo en el cual se convierte el cuerpo mismo. Tal vez éste es uno de los elementos que salvan la obra, porque la ilusión postrera del anciano se conserva debido a la imposibilidad de poseer a la amada, a la cual no conocemos más allá de las descripciones del amante o de Rosa Cabarcas, la propietaria de la casa donde se propician los encuentros clandestinos, por lo tanto la joven se nos presenta como una figura etérea e idealizada.

En ciertos pasajes se advierten los gustos y las aficiones intelectuales del autor, asuntos evidentes en la mención de ciertos escritores, compositores o citas de textos literarios, que aluden a una erudición alcanzada con el curso de los años como una forma de homenaje a aquellas obras que han deleitado las horas de su vida, atributos que se le otorgan al narrador como parte de su proceso de formación. Sin embargo, tal vez contagiándose un poco de la senilidad del personaje protagónico, la narración se presenta con algunas imprecisiones temporales a nivel de la historia, para determinar esto es necesario establecer la cronología de la obra a partir de su diégesis.

El protagonista ha vivido en la casa de sus padres desde siempre y este es el espacio de sus reflexiones y escritura. Según la narración, su padre compra la casa colonial a finales del siglo XIX para vivir con su recién conocida esposa (11) y muere el día del tratado de Neerlandia, 24 de octubre de 1902, después de haber sobrevivido a la viudez por la muerte de su cónyuge que ha fallecido de tisis a los cincuenta años de edad (16). Además, se ubica la historia de amor del protagonista después de la publicación de *Todos estábamos a la espera* (1958) de Álvaro Cepeda (70), es decir, hacia 1960 el personaje cuenta con noventa años, tomando como base que vive solo en la casa desde los 32 (11), este dato permite ubicar su

fecha de nacimiento hacia 1870, mucho antes de las postrimerías del siglo XIX, lo que hace confuso determinar para el lector el momento a partir del cual el autor considera que comienza a agonizar el siglo. Incluso, a pesar de la brevedad de la obra, se encuentran elementos que no agregan méritos a esta novela corta como el episodio con Casilda Armenta, una escena de la cual la novela podría prescindir porque estructuralmente no refuerza la historia de amor central y sólo sirve para justificar, sin mucho acierto, la pluralidad de las *putas* a las que alude el título. En este sentido este texto pierde parte de la precisión literaria que una narración corta debe procurar, característica identificable en las anteriores obras de este afamado escritor.

A pesar de esto, la novela ahonda de forma certera en el mundo del hombre viejo, que se da una nueva oportunidad como “el principio de una nueva vida en una edad en que la mayoría de los mortales están muertos” (10), rescatando la experiencia como el tesoro acumulado con el paso de los años y dejando al lector una invitación para disfrutar del amor, del conocimiento y de la vida misma, el bien máspreciado que se puede poseer y que debe ser disfrutado hasta el último momento vital del trasegar por esta tierra. Y es que el amor aparece en la escena central de esta novela desde el mismo epígrafe que le antecede, bajo la influencia de otro Nobel de la literatura, Yasunari Kawabata (1899-1972) en su ya clásica novela *La casa de las bellas durmientes* donde, igualmente, se recrea el tema del burdel, con ancianos incluidos, su alusión es un homenaje del colombiano al ya desaparecido escritor japonés.

Adicionalmente, la novedad literaria de García Márquez se convierte en una revelación para el lector de cualquier edad sobre cómo la vida se ha pensado en función de su último momento y replantea la experiencia vital no en función de la muerte, ni contando los días o las horas que faltan para el deceso, sino como el bien máspreciado y efímero, que a pesar de los golpes del destino debe ser disfrutada intensamente. La longevidad se debe medir a partir de la posibilidad abierta que alberga la esperanza sobre el hallazgo del amor, porque éste siempre sobrevive a pesar del paso y el peso del tiempo, y porque más allá de la edad cronológica, como se evidencia en el protagonista, la vejez no sólo es el deterioro físico de un cuerpo, es más un estado del alma.

Félix Antonio Gallego Duque
Universidad de Antioquia
Estudiante Maestría en Literatura Colombiana